

19th. International Congress of Historical Sciences,  
University of Oslo, 6-13 August, 2000  
Specialised theme 17: Modernity and tradition in Latin  
America

**DE PROYECTOS Y DESARRAIGOS:  
LA SOCIEDAD LATINOAMERICANA FRENTE A LA EXPERIENCIA DE LA  
MODERNIDAD  
(1780-1914)<sup>1</sup>**

Julio Pinto Vallejos  
Universidad de Santiago de Chile

**1.- Preguntas y Definiciones Preliminares.**

¿Puede aplicarse el concepto de "modernización" a los procesos sociales vividos por América Latina en torno a y a partir de la coyuntura de la Independencia? La historiografía "liberal" del siglo XIX nunca tuvo dudas al respecto, desde el momento mismo que, para sus cultores, la ruptura con el "obscurantismo" ibérico marcaba para nuestro continente una voluntad emancipatoria y progresista del todo análoga a la que en otras latitudes significaron la Revolución Francesa o la Independencia de los Estados Unidos. Y aunque los contratiempos del período de la "anarquía" hubiesen enfriado un tanto el entusiasmo, la posibilidad de atribuir su aparición y virulencia a "rezagos" del orden colonial recién abolido permitían dejar a salvo la confianza en la utopía. Escribiendo desde la recuperada tranquilidad de la segunda mitad del XIX, autores como Sarmiento, Barros Arana y Justo Sierra podían reafirmar una vez más el carácter de la Independencia como umbral entre la tradición y la modernidad.

Desde un siglo XX más desengañado de las insuficiencias de la modernización decimonónica, sobre todo en los planos económico o social, la perspectiva ha vuelto a hacerse más difusa. Apuntando hacia las profundas continuidades sociales que ligaron al primer siglo de vida

---

<sup>1</sup> Las características de este trabajo, de intención más interpretativa que monográfica, hacen materialmente imposible identificar en el texto cada una de las referencias y autores que le han servido de inspiración. Como compensación parcial, al final se incluye una referencia bibliográfica sobre algunos títulos de carácter más teórico que ayudaron a elaborar el marco general, así como obras de carácter histórico que fueron consultadas o repasadas para reforzar ideas o consideraciones específicas.

independiente con la era colonial, la así llamada "teoría de la modernización" de sello funcionalista que se puso en boga durante los años cincuenta, reforzada en un plano más estructural por el pensamiento vinculado a la CEPAL, puso seriamente en duda la efectividad de los cambios ocurridos con anterioridad a 1930, o incluso a 1950. Excluyendo tal vez el plano ocupado por las elites o los acontecimientos "estrictamente" políticos, esta posición argumentó que la modernización, en tanto vivencia estructural o cultural, sólo comenzó a llegar a América Latina en pleno siglo XX, o se mantenía incluso en muchos casos como una tarea todavía por cumplir. Desde una óptica programática y con un vocabulario diferentes, algo parecido fue lo que afirmó en su momento la teoría de la dependencia: aunque descartando las dicotomías tradición/modernidad en la forma en que las empleaba el funcionalismo, su hipótesis de que América Latina vivía desde la Conquista sumida en una condición de "capitalismo dependiente" implicaba por necesidad que la Independencia sólo había significado un cambio "cosmético", manteniéndose las estructuras coloniales de organización social y dominación sin alteraciones relevantes.

El intenso trabajo historiográfico desplegado en torno al siglo XIX latinoamericano desde los años sesenta, sin embargo, hace difícil insistir en una visión tan escéptica respecto de las consecuencias sociales de la Independencia, sobre todo si este fenómeno se inserta dentro de los procesos más globales que enfrentó el mundo "occidental" entre fines del siglo XVIII y mediados del XIX, y de los cuales él mismo sin duda formó parte. A partir de esta óptica, lo que este trabajo postula es que, dentro de ciertos parámetros que se definen a continuación, América Latina por lo menos inició su "experiencia de la modernidad" durante el período indicado. Propone adicionalmente que para algunos actores sociales--los menos--, esta experiencia cobró la forma de un proyecto, mientras que para otros--los más--, se trató más bien de una ruptura impuesta en contra de su voluntad. Concluye postulando que para el término de este primer contacto profundo con la modernidad, el sentido asimétrico de su valoración inicial tendió a revertirse, atemorizando a sus partidarios originales y ganando la adhesión de segmentos importantes de quienes hasta entonces habían sido sus víctimas o detractores. Como corolario final se sugiere que tal vez esa misma "conversión", habida cuenta de la masividad y el sentimiento de insatisfacción de quienes la protagonizaron, fue la que engendró en la sociedad del siglo XX la percepción de que la modernización quedaba como una tarea pendiente para el nuevo siglo.

¿Qué se entenderá, entonces, en este escrito por "modernización"<sup>2</sup>? Haciendo pie en las percepciones y condiciones de vida de los actores sociales, se postula primeramente que el advenimiento de este proceso supuso una masificación y una profundización de lo que podría denominarse, abusando un poco de las categorías de E.P. Thompson, "la experiencia del mercado". En estricto rigor, tal vez sería más correcto hablar de "la experiencia del capitalismo", pues fue ese nuevo orden económico y social el que hizo de las relaciones de mercado el patrón cada vez más universal de conexión e interacción entre los actores, tanto colectivos como individuales. La institución del mercado, evidentemente, existía desde mucho antes de la consolidación del modo de producción capitalista, pero fue bajo la vigencia de este último que su lógica penetró hasta los últimos intersticios del cuerpo social. Con ello no sólo se alteró la forma como las personas trabajaban y producían, materia para un análisis más centrado en lo económico, sino también su acción recíproca, su conducta y su auto-percepción, categorías propias del análisis social. Es en torno a éstas, por tanto, donde se detendrán preferentemente las reflexiones que se esbozan a continuación.

Dicho lo anterior, no puede sin embargo soslayarse el impacto de las nuevas concepciones sobre la producción y el trabajo en el ámbito de la vida "estrictamente" social, pues esas actividades siguieron durante mucho tiempo consumiendo el grueso de las energías y preocupaciones de los miembros de la sociedad. Un sistema volcado obsesiva y casi unilateralmente al incremento de la productividad y la riqueza material, cuya legitimidad sólo podía residir en su promesa de mejorar la existencia de las personas en forma medible, y dentro de los límites de este mundo, alteraba profundamente las prioridades y los ritmos de sociedades que durante siglos habían operado en base a otros parámetros: de mera reproducción material, de protección (y a menudo hasta deificación) de los lazos comunitarios, o de cumplimiento de normas cuya validación se ubicaba más bien en el plano de lo metafísico o sobrenatural. El reemplazo de este tipo de objetivos por el de la acumulación y el "progreso", trasladó las funciones propiamente "económicas" a un plano de pre-

---

<sup>2</sup> Aunque estoy consciente de la diferencia semántica que se ha establecido entre los términos "modernización", más vinculado a los procesos estructurales de cambio, y "modernidad", asociado a una cierta configuración discursiva o cultural, en este trabajo, dado su objeto de estudio, me remitiré fundamentalmente a la primera acepción. De ese modo, el término "modernidad" sólo se emplea ocasionalmente, y en esos casos por razones más bien estilísticas, sin darle el rigor semántico que tal vez sería de desear.

eminencia valórica que afectó a un número cada vez mayor de actores y grupos, más cercano a la totalidad del cuerpo social en la misma medida en que se avanzaba por el camino de la modernización.

Así, vidas que se habían regido milenariamente por el rito, la costumbre, la creencia o el ciclo natural, pasaron a estructurarse cada vez más exclusivamente en torno al trabajo intensivo, a la racionalidad instrumental, a la especialización de las funciones, a la disciplina personal, al horario estructurado y al éxito medido en términos de recompensa material. En el plano de las relaciones que ligaban a las personas o a los grupos entre sí, este desplazamiento se tradujo en un creciente sentimiento de aislamiento y despersonalización, simbolizado por la difusión del nexo monetario como forma cada vez más universal de interactuar o de establecer el lugar que se ocupaba dentro de la sociedad, así como por la presencia cada vez más ubicua de la máquina en los espacios laborales y vitales. También ayudó a consolidar este efecto la creciente diversificación de las tareas en virtud de una mayor división del trabajo, lo que tendía a hacer a las personas de una misma comunidad cada vez más distintas unas de otras. Algo similar puede decirse de la movilidad física y social simbolizada por las grandes oleadas migratorias, o por la instalación de la ciudad como el ámbito por excelencia de la modernidad: las migraciones y la urbanización eran otros tantos síntomas del creciente peso de las fuerzas mercantiles sobre las vidas humanas, pues eran éstas las que desarraigaban a comunidades completas de sus espacios ancestrales para trasladarlas, a veces a través de grandes distancias, hacia aquellos lugares donde su trabajo era más "necesario" o donde presuntamente se podía vivir o, como se comenzó a decir casi como sinónimo, "ganar" mejor.

La pérdida de los anclajes tradicionales, el anonimato de la ciudad o de la frontera migratoria, la misma explosión demográfica que se hizo posible gracias al incremento de la productividad y el avance de la ciencia, todo ello contribuyó a reforzar el sentimiento de fluidez (algunos dirían de precariedad) que impregnó la experiencia de la modernidad: en esta nueva condición, los referentes comunitarios y las instituciones ancestrales (como la religión o la familia), parecían importar cada vez menos: nada era permanente ni sagrado. A la postre, y por uno de sus costados, este proceso desembocó en una potenciación del individuo, del personaje emprendedor hecho a la medida de sus propias capacidades y esfuerzos. Por el otro, sin embargo, condujo a la disolución en una masa informe que podía degenerar en muchedumbre anómica y peligrosa, pero que

también podía reconfigurarse en clase social compacta y militante. Ambos caminos, como se sabe, fueron recorridos con parecida intensidad, y observados desde arriba con análoga inquietud.

Estos cambios podían, en algunos casos, tener un efecto liberador, en tanto convertían a ciertas personas en amos de su existencia y constructores de su futuro: elaboradores de "proyectos" o "sujetos" en el sentido más moderno de la palabra. En muchos otros, sin embargo, su principal expresión fue la pérdida no sólo del mundo que siempre se había conocido, y que sin ser necesariamente idílico a lo menos producía el efecto tranquilizador de lo familiar. Significó también que las propias vidas, y los frutos del propio trabajo, parecían quedar a merced de elementos muy ajenos al control personal, pero que tampoco podían imputarse, como antes, a fuerzas--por definición incontrolables--de orden metafísico o natural. Esta "desacralización" de la desdicha, en un sistema cuyo mayor orgullo era la progresiva "humanización" de la vida en sociedad, fue lo que llevó a muchos pensadores del siglo XIX a reparar que la "alienación", o aquella pérdida de referentes de sentido que Durkheim denominó "anomia", era una consecuencia tan real de la modernización como el desarrollo de las capacidades sobre la que sus partidarios solían insistir.

El problema era que los procesos modernizadores, o quienes estaban empeñados en difundirlos, no dejaban mucho margen para la opción: su prurito hegemónico o "colonizador" les impedía tolerar la indiferencia a sus propuestas, o la preferencia por mundos distintos al que ellos venían a ofrecer. Independientemente de los resultados concretos que ella pudiera significar para las vidas de las personas, la experiencia del mercado no permitía las excepciones o las auto-marginaciones: si las ventajas "evidentes" del progreso no se imponían por sus propios méritos, que cualquier mente "razonable" (entendiendo aquí a la razón en su sentido estrictamente modernista) podía percibir, no quedaba otro remedio que emplear la fuerza--aunque sólo fuese porque la lógica del mercado no podía imponerse sin que se masificara el espíritu de lucro, la "ética del trabajo" y el deseo del consumo. Para quienes vivieron esa transición, sin embargo, su calidad de proceso deseado o impuesto evidentemente marcaba una diferencia fundamental. Y como los beneficios en casi todas partes tardaron bastante en alcanzar una difusión verdaderamente generalizada, las resistencias tendieron a abundar mucho más que las conversiones espontáneas. Cruzado

ese conflictivo umbral, el tema de la modernización necesariamente se convertía en un asunto de poder.

Por esa razón, en casi todas las sociedades que enfrentaron un proceso de modernización, la "experiencia del mercado" apareció estrechamente asociada a lo que podría denominarse la "experiencia del Estado", aparato social que en casi todas partes, con mayor o menor fuerza, fue el encargado de promover el proyecto y vencer las resistencias. Es verdad que el Estado moderno, al menos en su dimensión más abstracta, también podía ser portador de una especie de doble identidad: por un lado, espacio potencial de ciudadanía y protagonismo social; por el otro, aparato racional capacitado para ejercer un control y una autoridad sin precedentes sobre la sociedad civil. El primer aspecto, el de la "ciudadanía" propiamente dicha, fue el que más fuertemente se identificó con el legado ideológico de la Revolución Francesa y del liberalismo en sus diversas expresiones: la dignificación de todos los miembros de una sociedad en tanto sujetos depositarios de derechos inalienables, y por lo mismo entes soberanos calificados para concurrir en la toma de aquellas decisiones que afectaban su propio destino y el de toda su comunidad. La incapacidad de los regímenes liberales "de carne y hueso" de hacer extensiva esta condición al conjunto de la masa ciudadana fue, de hecho, una de las circunstancias que alimentaron el surgimiento inicial de propuestas "trans-liberales" como el socialismo o el anarquismo, ellas mismas igualmente hijas de la modernidad.

Pero también estaba el otro aspecto, el del "Estado Leviatán" capacitado como ninguna formación histórica anterior del mismo género para ejercer su poder sobre los individuos y las comunidades, arrasando con los obstáculos que se atravesaran en su camino y transformando la realidad a una escala que las sociedades precapitalistas jamás hubieran imaginado posible. Como las fuerzas del mercado, el Estado burocrático que tantos desvelos provocara a Max Weber tampoco estaba dispuesto a negociar la implementación de aquellos objetivos que su propia "razón de Estado" le indicara como convenientes, con o sin el consentimiento de los afectados. Así lo reveló en todas partes la historia de procesos como la proletarización interna o la colonización de los pueblos "atrasados", la cara reversa de la modernización liberadora que ponía el acento en la dignificación y la ciudadanía. Para ese fin, el Estado moderno contaba con instrumentos financieros, técnicos y militares también sin precedentes, frente a los cuales sólo la resistencia de otro Estado análogamente equipado parecía tener alguna posibilidad de éxito. Tenía también, y aquí en aparente ventaja respecto de

la condición más dispersa y "anárquica" de las fuerzas del mercado, la capacidad de concentrar su voluntad en forma mucho más deliberada y sistemática en torno a ciertos objetivos que a menudo sólo se justificaban por sí y ante sí. En tal virtud, no fueron pocos quienes postularon que el verdadero sujeto de la modernidad no eran los individuos o los pueblos potenciados en el reconocimiento de sus capacidades y derechos, sino los grandes Estados nacionales constructores de realidades pre-diseñadas por sus elites conductoras.

El Mercado y el Estado, entonces, o, si se prefiere, el Estado y la Empresa, fueron las grandes estructuras forjadoras de modernidad, y las personas o grupos que a través de ellas se expresaron fueron las verdaderas portadoras de los proyectos que se propusieron hacer transitar a las sociedades desde sus diversas formas de tradición hacia la tierra prometida de la razón y el progreso. Los demás, en cambio, al menos al principio, se limitaron a seguir, o, con mayor frecuencia, fueron obligados a seguir. La modernización, por tanto, no fue una experiencia de carácter simétrico: para unos fue proyecto, para otros desarraigo. Pero tampoco fue una experiencia de carácter estático, pudiendo las valoraciones y posicionamientos de sus actores variar sustancialmente con el tiempo. Fueron justamente estas variaciones las que fueron configurando, en toda una gama de formas y estilos distintos, las muchas versiones que a la larga adoptó la aventura de la modernidad.

A partir de estas coordenadas de orden general, la reflexión que se desarrolla a continuación pretende caracterizar la variante latinoamericana decimonónica de la "experiencia de la modernidad". Situándose en una especie de "siglo XIX largo" análogo al definido por Eric Hobsbawm para su historia centrada en el eje nor-atlántico, ésta propone que entre las Reformas Borbónicas de fines del siglo XVIII y la "cuestión social" de comienzos del XX se desenvuelve un proceso de modernización que no dejó intactas a las sociedades del continente, y cuyo efecto cobró un alcance cada vez más generalizado. Desde luego, este proceso guarda numerosas e importantes diferencias con las modernizaciones experimentadas en otras partes del mundo, y que a menudo, sobre todo las nor-atlánticas, han servido como modelo implícito o confeso para los estudios de este género. Sin embargo, se intentará argumentar que la mayoría de los elementos bosquejados en los párrafos anteriores sí se manifestaron en América Latina durante el período bajo estudio, y que también aquí la experiencia de la modernidad

fue un tapiz tejido a base de proyectos y desarraigos; de resistencias, derrotas y conversiones; de tragedia y de epopeya.

## **2.- La Experiencia del Estado.**

Por diversas razones, puede resultar más apropiado comenzar el análisis de la modernización latinoamericana por el Estado antes que por el mercado. Esta situación, como lo demuestran, entre muchos otros, los estudios de Barrington Moore y Alexander Gerschenkron, no fue para nada excepcional, pero el carácter "paradigmático" que ha asumido el caso inglés ha tendido a proyectar la intervención modernizadora de los Estados como algo hasta cierto punto fuera de "lo normal". En nuestro continente, sin embargo, fue la monarquía borbónica la primera que se propuso incluir a sus posesiones, aunque sólo fuese a título subalterno, en un proyecto con pretensiones evidentes de modernidad. Sin entrar a considerar si estas pretensiones respondían a una voluntad "verdaderamente" progresista, o a un simple afán de cooptar ciertos elementos de modernidad con fines más bien conservadores, lo cierto es que algunas de sus medidas concretas (las conocidas "reformas borbónicas") pusieron a las sociedades americanas en contacto con algunos de los cambios que más adelante se tenderían a generalizar.

El más importante de ellos fue el "acercamiento" del aparato estatal, concebido al menos teóricamente en términos más burocráticos que patrimoniales, a las vidas cotidianas de la población. Este no fue necesariamente un acercamiento bienvenido, como lo demuestran las violentas reacciones sociales--entre ellas, algunas de las rebeliones más violentas y masivas de toda la era colonial--ante el incremento de la carga tributaria, el reclutamiento militar o la creación de nuevos cargos públicos (entre otros, los pretendidamente paradigmáticos "intendentes"), que procuraban transformar el poder estatal en algo mucho más real e inmediato de lo que se había estilado en tierras americanas. Tampoco evocó sentimientos muy favorables la "progresista" pretensión borbónica de dismantelar la tupida red corporativa en que se había organizado la sociedad colonial, incluyendo el rol preponderante de la Iglesia, y dentro de la cual se había alcanzado un relativo--aunque ciertamente no equitativo--equilibrio. Por último, y aunque esta materia podría prestarse para cierta discusión, la aparente predisposición monárquica de atenuar las barreras jurídicas entre las

"castas" constituía un atentado evidente contra el orden jerárquico en existencia.

A la postre, el fracaso relativo de las reformas y el hundimiento de España en la crisis desatada por la Revolución Francesa impidieron que estas medidas dejaran una huella muy profunda, o que alteraran significativamente los ritmos ancestrales de la sociedad colonial. Sin embargo, su relevancia reside en su condición de tentativa pionera de imponer una cierta modernidad desde el Estado—y, podría agregarse, desde fuera de la región--, así como en la decidida resistencia que despertó dentro de las sociedades afectadas. Un aspecto interesante a retener, y sobre el que François-Xavier Guerra ha llamado correctamente la atención, es que fueron muy pocos los americanos (ricos o pobres) que se identificaron expresamente con ese proyecto, y que la mayoría de quienes sí lo hicieron estaban vinculados de un modo u otro a la burocracia estatal. La Ilustración, ese estado larvario de la Modernidad, se aparecía todavía como una planta exótica que el Estado borbónico no tuvo la fuerza suficiente para injertar.

El segundo intento de levantar el proyecto corrió por cuenta de la Independencia, una de cuyas principales tareas fue precisamente reemplazar el Estado monárquico y corporativo colonial por un Estado republicano y nacional. Sin perjuicio de que en la mayoría de los países de la región ese objetivo no se consiguió realmente hasta bien avanzado el siglo XIX, ello no quita que en los diseños utópicos elaborados por los ideólogos y "próceres" que intentaron dar alguna dirección al proceso de construcción nacional, el modelo a aplicar no era otro que el de las sociedades pioneras en la aventura de la modernización: Inglaterra ciertamente, tanto en los aspectos institucionales como en los económicos; Francia, para los grupos más radicalizados o para los interesados en la dimensión más cultural; Estados Unidos, para los escasos partidarios de la democracia política plena o para los convencidos en la intrínseca vocación progresista del "continente virgen". De igual forma, la mayoría de esos ideólogos compartía un rechazo casi obsesivo hacia la realidad colonial que les había tocado heredar, fruto de taras ancestrales y resabios oscurantistas que un espíritu progresista necesariamente debía aborrecer. Es verdad que el desorden provocado por las guerras de Independencia, la propia incapacidad de estos organizadores nacionales, y la férrea resistencia del resto de la sociedad (incluidos en ella grupos de elite que no comulgaban con el proyecto modernizador, muy poderosos en antiguos baluartes coloniales como México o el Perú), impidieron que estos

propósitos pasaran a mayores. Pero los escritos y los discursos en que tanto abundó el período independentista, incluyendo la gran cantidad de constituciones y leyes a que dio lugar una corriente que comenzaba a creer profundamente en la capacidad transformadora de la racionalidad legal, dan testimonio del sentido "constructivista" y transformador de la sociedad que le conferían a las instituciones portadoras de la voluntad progresista, y sobre todo a la principal de entre todas ellas: el Estado nacional.

Los herederos del utopismo independentista depositaron esa misma fe constructivista en el Estado liberal que emergió durante la segunda mitad del siglo XIX de las ruinas de la anarquía caudillesca y los intentos restauracionistas que hegemonizaron las primeras décadas de vida latinoamericana independiente. La consigna de "civilización o barbarie" enarbolada por Sarmiento y los modernizadores argentinos que pusieron fin a la dictadura de Rosas (ella misma, por lo demás, no desprovista de elementos "estatistas" y modernizadores), interpretó a toda una generación de gobernantes que hicieron suya la tarea histórica en la que habían fracasado veinte o treinta años antes los sepultureros del orden colonial. El paradigma de modernidad a aplicar era prácticamente el mismo, sólo que ahora se hallaba fortalecido por la dura experiencia de la crisis, y por la enormidad de la barbarie a la que se le había podido observar frontalmente el rostro, y que había tenido tiempo de sobra para demostrar su refractariedad a todo tipo de cambio. Así lo demostraban, entre otros muchos síntomas, la disolución de las instituciones más complejas, la interrupción de los circuitos comerciales, la fragmentación territorial, la anarquización política, el recrudecimiento del bandolerismo, la recuperación de las comunidades campesinas frente a las haciendas, y el despoblamiento de las ciudades. Por lo mismo, el Estado liberal reconstituido debía ceñirse sin miramientos a su libretto modernizador, sin importar si sus conductores y defensores no sobrepasaban una fracción ínfima de la población—o incluso, en algunos países, de la propia clase dirigente. Sólo el éxito podía legitimar un régimen que ya no pretendía sustentarse en la fuerza de la tradición o de la fe.

Fue así como los "proyectistas" de la modernización liberal (nótese la analogía con los "proyectistas" borbónicos que hasta cierto punto les habían servido de precursores) se pusieron a la tarea de transformar, desde el Estado, las sociedades todavía profundamente tradicionales sobre las cuales pretendían edificar su sueño de modernidad. Ha habido

alguna discusión en la literatura respecto de la verdadera congruencia entre estos ideólogos o líderes políticos y la clase social a la que supuestamente representaban: esas elites comerciales, militares o terratenientes cuyo entusiasmo modernizador puede haber sido mucho menor que el de los voceros oficiales del liberalismo. Ya sea que se fije la atención en un caudillismo que durante varias décadas pareció ser su principal expresión socio-política, ya sea que se repare en la aversión natural al cambio de un grupo cuya principal aspiración era retener sus privilegios ancestrales o adquiridos, existen elementos de peso como para relativizar la atracción ejercida por una ideología empeñada en experimentar peligrosamente con el orden natural de las cosas. Sin embargo, la incapacidad de ese o cualquier otro orden para subsistir por sí mismo, tal vez la principal característica del período post-independencia, le quita bastante fuerza a este argumento: cuando el pasado ya no podía seguirse sustentando en su propia legitimidad histórica, tal vez el progreso resultase el camino más rápido, como lo intuyeron los "positivistas", para recuperar el orden. Así parece demostrarlo el hecho de que hasta las elites más retardatarias, o al menos sus hijos y nietos, a la postre no exhibieran demasiadas reticencias para adherirse al proyecto liberal.

Para el caso del Perú, por ejemplo, Paul Gootenberg ha demostrado que las mismas elites proteccionistas y conservadoras de los años veinte y treinta se trasmutaron en liberales bajo el incentivo de la bonanza guanera, y del orden político inaugurado por el Mariscal Castilla. Algo parecido podría argumentarse, como lo ha hecho Emília Viotti da Costa, respecto de la oligarquía cafetalera en el Brasil, monarquista y esclavócrata hasta que los constreñimientos de la modernidad la convirtieron al republicanismo y el trabajo libre aportado por colonos inmigrantes. En ambos casos, las desconfianzas iniciales, en su momento bastante taxativas, parecen haber cedido sin demasiada dificultad al momento en que las circunstancias comenzaron a darle la razón al discurso liberal.

En el Chile de la inmediata post-independencia, Alfredo Jocelyn-Holt ha argumentado a favor de una co-optación del ideario republicano-liberal por una elite empeñada en conservar un orden repentinamente despojado, por factores eminentemente exógenos, de la legitimidad que tradicionalmente le habían conferido la autoridad monárquica y la fe católica. Al tomar esa decisión, y al margen de cuál pudo haber sido su voluntad inicial, se habría puesto en marcha una lógica modernizadora que a la postre resultó

imposible de revertir. En suma, y haciendo tal vez una excepción para la elite conservadora mexicana, dispuesta a defender su patrimonio socio-cultural hasta las últimas consecuencias, la norma continental a nivel de elites parece haber sido la de allanarse sin demasiadas dificultades a un proyecto modernizador que cuando menos les garantizaba la restauración de un orden seriamente amagado desde la disolución del sistema colonial, y que con algo de suerte podía también agregar una buena dosis de enriquecimiento y progreso.

Afirmado entonces doblemente en el entusiasmo de los ideólogos y el apoyo de las elites, el Estado liberal se animó a practicar su ingeniería social sobre un contexto que todavía oponía numerosas trabas. Fue por iniciativa de ese Estado, y a veces bajo su directa conducción, que el territorio se cubrió de líneas férreas y telegráficas que acortaron distancias, rompieron barreras e integraron espacios hasta entonces desconectados. Fueron los ejércitos estatales los que llevaron la "civilización" liberal hasta las fronteras bárbaras todavía sometidas al imperio de la naturaleza o los pueblos no colonizados. Fue la autoridad estatal la que promovió el traslado hacia tierras americanas de miles y cientos de miles de extranjeros que en todas partes, ya sea insertándose en las elites pre-existentes o fundiéndose con la masa popular, transformaron poblaciones, relaciones y culturas. Fueron las leyes modernizadoras las que abolieron la esclavitud, privaron a las comunidades de aquellas tierras corporativas donde habían logrado preservar algo de su autonomía material y cultural, y uniformaron jurídicamente a una población cuya principal característica hasta ese momento había sido precisamente la segmentación. Fue el Estado liberal, finalmente, el que a través del "imperio de la ley", de los símbolos nacionales y de la cultura escrita difundida desde las escuelas (junto con los ferrocarriles y la inmigración europea, tal vez la principal obsesión de los liberales decimonónicos), procuró ganar para el ideario de la modernidad a una sociedad que en muchos lugares persistía en aferrarse a la tradición. Por estos medios, y aunque debe reconocerse que para fines de siglo todavía quedaba mucho por hacer y subsistían muchas zonas sin modernizar, las elites "positivistas" de la segunda mitad del XIX lograron cubrir distancias enormes en el camino hacia el sueño borbónico (e ilustrado) de poner a los individuos directamente bajo la férula del Estado. Las celebraciones del centenario, en cuyo montaje se depositó toda la auto-complacencia de un proyecto que se daba por ganador, fueron una proclamación hacia el resto del mundo "civilizado" de que

también en América Latina el progreso había resultado más fuerte que el peso de la tradición.

No se trató, sin embargo, de una victoria fácil. Por todas partes, las resistencias "pre-modernas" amargaron o entorpecieron los designios liberales, amenazando una y otra vez al orden y el progreso con una recaída en la barbarie. En un país de tan rápida y exitosa modernización como la Argentina, las décadas de 1860 y 70 aún asistieron a los últimos estertores de un caudillismo y un localismo propios de etapas que se creían superadas, al igual que lo fue el Uruguay de comienzos del siglo XX, cuando ya se aprestaba para iniciar esa experiencia modernizadora por antonomasia que fue el batllismo. Las guerras religiosas sufridas por México y Colombia demostraron la ferocidad con que la Iglesia podía asumir la defensa de sus fueros, y más importante que eso, la adhesión "fanática" que todavía podía suscitar entre las masas. Otro tanto podría decirse de los reventones de religiosidad popular tradicional, al estilo del episodio de Canudos, que en plena década de 1890 tanto avergonzó a la orgullosa elite positivista de la Primera República brasileña. Más preocupante aun fue la violencia con que las comunidades andinas y mexicanas estallaron en la defensa de sus tierras amenazadas por las políticas desamortizadoras o privatizadoras (y por el avance de las haciendas, al que se hará referencia en el próximo apartado). En el caso mexicano, la revolución desencadenada a partir de 1910 por un político eminentemente modernizador como lo era Madero, demostró que las tensiones acumuladas bajo el positivismo porfirista podían amagar todo lo conseguido hasta ese momento, en materia tanto de "orden" como de "progreso". A pesar de todos los avances, entonces, y pese a la fortaleza inflexible demostrada por el Estado liberal, la legitimación del nuevo modelo de sociedad entre los estratos inferiores de la población claramente tenía mucho camino que recorrer.

Considerando lo poco que esos estratos habían recibido de parte del orden liberal, ese sentimiento no resulta muy difícil de comprender. Despojados de sus referentes y protecciones tradicionales, sometidos a una autoridad mucho más exigente que todo lo previamente conocido, no era extraño que personas acostumbradas a una vida dura, pero al menos comprensible y estable, reaccionaran con recelo y hostilidad, sobre todo si a cambio no se recibía ninguno de los beneficios concretos con que la modernidad procuraba justificarse discursivamente: el bienestar material, la igualdad de oportunidades, la ciudadanía o la ilustración. El trato dispensado por el Estado modernizador latinoamericano al "bajo pueblo" o a los muchos reductos de

la "barbarie", un trato traducido en mayores impuestos, mayor vigilancia policial, mayor reglamentación de las vidas y los espacios cotidianos, mayor reclutamiento militar, y un desprecio indisimulado hacia la mayor parte de sus costumbres y representaciones culturales, era cualquier cosa menos el que hubiera correspondido a sujetos racionales dotados de derechos inalienables. El mismo afán, escasamente disimulado, por reemplazarlos con poblaciones más "civilizadas", y el racismo que brotaba sin mayores eufemismos de una clase que seguía sintiéndose un poco como las avanzadas colonizadoras de las que creía descender, equivalían casi a desahuciarlos como seres dignos de la modernidad. La "mirada horrorizada" a la que ha hecho alusión Luis Alberto Romero en relación a la forma cómo las elites de esta época encaraban a sus clases subalternas habla del sentido de enajenación que los proyectos modernizadores, y la experiencia misma de la modernización, instalaron entre quienes el discurso oficial ocasionalmente presentaba como socios en una misma empresa. Porque aunque el elemento "integrador" contenido en el proyecto ciertamente implicaba la existencia de un lugar para todos, o al menos un propósito de unidad nacional, para la mayoría del "bajo pueblo" decimonónico la experiencia del Estado tuvo mucho más de imposición que de dignificación; mucho más de despotismo que de ciudadanía. Lejos de convertirse en un conductor o un facilitador del acceso a la modernidad, el Estado liberal terminó siendo, desde la perspectiva subalterna, el "gendarme" que allanó el camino hacia un futuro que no parecía ofrecer nada digno del sacrificio exigido. Desprovisto del sentido protector que el Estado colonial al menos había proclamado representar, ese bajo pueblo debió por tanto enfrentar por sí solo la tampoco demasiado alentadora ni menos exigente experiencia del mercado.

### **3.- La Experiencia del Mercado.**

La venta o intercambio de productos en un mercado ciertamente antecedió en mucho, en lo que respecta a América Latina, al período de modernización que aquí se pretende caracterizar. Sin considerar las numerosas modalidades de intercambio que se verificaron en el mundo precolombino, basta recordar que la propia colonización de América tuvo, entre otras cosas, un sentido profundamente comercial, destinado a satisfacer la demanda metropolitana de metales preciosos, artículos tropicales y otros elementos "exóticos" que alimentaron durante tres siglos uno de los flujos mercantiles más vigorosos de la convencionalmente llamada

"Edad Moderna". En forma tangencial y complementaria, como lo han demostrado diversos estudios para el mundo andino y mesoamericano (entre ellos, los de Assadourian, Tandeter, Brooke Larson y Garavaglia), el funcionamiento de la economía colonial también dio lugar a vigorosos circuitos internos que involucraron a agentes supuestamente tan ajenos a la lógica de la acumulación como las comunidades indígenas o las órdenes monásticas. Sin embargo, estas relaciones mercantiles por lo general no penetraron al interior de las unidades productivas fundamentales (haciendas, comunidades, plantaciones o reales de minas), donde lo que prevaleció siguió siendo la tradición, formas más o menos jerárquicas de paternalismo y reciprocidad, o la coacción pura y simple. En ese sentido, puede decirse que la comercialización de la sociedad colonial se mantuvo en un plano "periférico", en tanto que su estructuración interna obedeció más bien a un ordenamiento "pre-moderno".

Con la llegada del siglo XIX, esto comenzó a cambiar. El nuevo contexto internacional surgido de la Revolución Industrial y la aparición de las primeras potencias propiamente capitalistas redefinieron las coordenadas en las que debían funcionar las economías que querían mantener una orientación esencialmente exportadora, categoría que incluyó a casi todos los nacientes estados latinoamericanos tras el fracaso de las medidas "proteccionistas" intentadas en la inmediata post-independencia por algunas elites regionales en México, Perú, las Provincias "Unidas" del Río de la Plata, o el régimen de Gaspar Rodríguez de Francia en el Paraguay. Como parte de esa transformación, la demanda de los mercados transatlánticos, primero, y los representantes comerciales de esos mercados, después, comenzaron a introducir en algunos sectores productivos americanos prácticas y orientaciones que no calzaban del todo con el antiguo orden colonial.

Como hasta cierto punto ya había sucedido en el plano de la "racionalización estatal", originalmente introducida por la monarquía borbónica "desde afuera", también esta faceta "mercantil" de la modernización tendió a identificarse en sus inicios con agentes "exógenos": los comerciantes británicos, franceses o norteamericanos llegados una vez levantadas las restricciones del monopolio imperial, y que rápidamente se desplazaron hacia actividades menos transitorias como las finanzas, los servicios o la empresarialidad propiamente productiva. Esta tendencia al arraigo, y a lo que Carmagnani ha llamado acertadamente la "simbiosis" con las elites autóctonas, dificulta el calificar a esta experiencia de una simple implantación de "factorías"

foráneas dispuestas a abandonar el país anfitrión ante el primer obstáculo, como podría sugerirlo una versión excesivamente simplificada de la teoría dependientista. Lo cierto fue que muchos de esos agentes externos llegaron a América Latina para quedarse, forjando una relación cuyo peso se hace sentir hasta el día de hoy.

Lo que se intenta argumentar es que la presencia de actores económicos venidos directamente desde países en franco proceso de modernización, así como las influencias directas de orden comercial y financiero ejercidas por esos países, tuvieron sobre América Latina un efecto también modernizador, aunque sus resultados no fuesen una mera réplica de lo vivido en otras latitudes. La necesidad de responder a una demanda cuyo volumen e intensidad el modo de producción colonial no era capaz de satisfacer, obligó a aquellas empresas y sectores más directamente conectados al comercio internacional a transformar sus técnicas y procedimientos productivos, introduciendo por primera vez en nuestro continente los motores a vapor, las instalaciones industriales y la producción "racional" (aun cuando su propósito fuese sólo el tratamiento preliminar de las materias primas), amén de ese verdadero paradigma de la modernidad decimonónica que fue el ferrocarril. Del mismo modo, debieron aplicarse al proceso económico fórmulas financieras y prácticas empresariales que ciertamente se asemejaban más al modelo capitalista que a la tradición colonial. En todo esto, y como no es de extrañar, el papel de los empresarios y técnicos extranjeros de residencia transitoria o permanente fue fundamental, tanto para introducir las novedades como para familiarizar con ellas a sus socios o competidores latinoamericanos. En este sentido, podría postularse que fue a partir de ellos, y de su simbiosis con representantes de las elites más tradicionales, que comenzó a gestarse durante el siglo XIX un grupo que, pese a ciertas incomodidades conceptuales, bien podría denominarse la primera "burguesía" latinoamericana propiamente tal. Con ello se estructuraba, por cierto que con bastante lentitud y dejando muchos espacios relativamente al margen (piénsese en la supervivencia del latifundio tradicional hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX), otro de los grandes actores del proyecto modernizador. Remitiéndose a la fórmula positivista impresa en la primera bandera republicana del Brasil, si el Estado modernizador era el llamado a imponer el "orden", ellos, los nuevos empresarios y barones económicos, eran los portadores naturales de un "progreso" que no podía concebirse divorciado de las fuerzas desatadas por el "libre mercado".

¿Cómo incidieron estos cambios, esta generalización de la lógica de la productividad y la acumulación, sobre aquellos actores sociales que no formaron parte de la nueva empresarialidad? Por de pronto, al menos durante el período que aquí se analiza, su incorporación a los procesos modernizadores por lo general no fue bajo la calidad de sujetos, sino más bien bajo la de instrumentos para el logro de objetivos ajenos. En términos analíticos, podría decirse que el primer impacto de la nueva experiencia del mercado sobre el mundo popular fue el de desarraigarlo de las estructuras agrarias, artesanales o campesinas que en un comienzo no habían sido demasiado afectadas por el colapso del orden colonial, fortaleciendo aquella imagen de inmovilidad económico-social que, como se dijo antes, ha llevado a muchos historiadores a cuestionar la relevancia de la Independencia como hecho histórico. La valorización de la tierra como recurso productivo; la creciente integración de los mercados a través del telégrafo, la navegación a vapor y el ferrocarril; el aumento vegetativo de la población; la necesidad de mano de obra para las nacientes fronteras económicas: todo ello dificultó cada vez más la permanencia de la población en sus espacios y tareas tradicionales. También conspiró en el mismo sentido la disolución forzosa, por decreto administrativo y convicción liberal, de formas ancestrales de adscripción a la tierra como la esclavitud, el tributo indígena o la propiedad comunitaria y corporativa. Más impulsados por esas fuerzas "expulsoras" que atraídos por supuestas promesas de mejoramiento personal (como lo ha argumentado la teoría de la modernización), miles de hombres y mujeres del mundo "subalterno" cortaron durante las décadas intermedias del siglo XIX sus vínculos con la hacienda, la comunidad, la plantación o el oficio para desplazarse hacia las ciudades en crecimiento, los puertos, las obras públicas o los campamentos mineros, y también hacia formas más capitalistas de agricultura o ganadería como las que comenzaron a aparecer en las pampas rioplatenses, los cafetales paulistas, las haciendas azucareras de la costa norte peruana o la plantación bananera organizada por los capitales estadounidenses.

Este desplazamiento, desde luego, implicaba mucho más que un simple cambio de hábitat geográfico. Sin descontar el efecto desestabilizador que ese solo hecho ya debió tener sobre personas acostumbradas a un ritmo de vida donde la permanencia era mucho más "natural" que el cambio, lo cierto era que el nuevo desarraigo era de un orden mucho más profundo: nuevas formas de trabajar y relacionarse con empleadores y compañeros de labor; nuevas condiciones

materiales y sociales de vida; nuevas formas de agruparse y ser catalogados en el orden social; nuevos patrones simbólicos y culturales; nuevas formas de concebirse a sí mismos y su lugar en el mundo—en fin, toda una identidad social nueva que ciertamente no había nacido de una opción personal. Así, aunque ciertamente no de la misma forma que las elites, números significativos de actores pertenecientes al "mundo subalterno" también se hicieron parte de la aventura de la modernidad.

Los muchos estudios que se han venido realizando durante las últimas décadas en torno a la historia social y popular latinoamericana del siglo XIX permiten hacer una enumeración de los desgarros experimentados: el trabajo sometido a una disciplina y un horario regidos por códigos de acumulación ilimitada; la precarización de unas vidas atadas a un salario, y sometidas a los vaivenes incomprensibles de un mercado y una rentabilidad definidos muy lejos del lugar de habitación; la nueva miseria urbana o industrial, expresada en hacinamiento, enfermedad, pérdida de redes protectoras tradicionales y "lacrás sociales" al estilo del alcoholismo, la delincuencia y la prostitución; el anonimato de masas humanas atraídas desde los rincones más remotos por el solo imperativo económico, y aglomeradas en una dinámica donde lo que primaba era la lógica darwiniana de la supervivencia del más fuerte; el desprecio, finalmente, de los ejecutores del proyecto modernizador hacia una población "racionalmente" no apta para las exigencias del progreso, y a la que por tanto se procuró reemplazar por inmigrantes supuestamente mejor dotados—ellos mismos a menudo más atraídos por las fuerzas del mercado que por las promesas de los Estados liberales--, que en la vertiente sud-atlántica al menos ciertamente promovieron una transformación socio-cultural de envergadura. Lo único que no aparecía en este catastro, y como ya se vio en relación a la acción del Estado, era lo que tenía que ver con las promesas liberadoras que supuestamente debían hacer llevadero tanto sacrificio: el bienestar material, la ciudadanía política, la oportunidad de emprender proyectos de mejoramiento personal. Tal como se desarrolló en la América Latina del XIX, la modernización no contempló la incorporación de estos grupos subalternos en la categoría de sujetos. El problema fue que tampoco les permitió permanecer en sus relaciones e identidades tradicionales, propias de un "oscurantismo", una "superstición" y una "barbarie" que ningún pueblo "culto" podía resignarse a perpetuar. Como en otras experiencias similares, la proletarización, la comercialización de las relaciones sociales y la migración masiva hacia donde lo

dispusiera el mercado laboral eran requerimientos que el nuevo orden no estaba dispuesto a transar.

Considerando la magnitud de lo que se pedía, y la mezquindad de la retribución, no llama la atención que la respuesta más generalizada frente a esta experiencia de modernidad fuese la resistencia. La defensa armada de las tierras comunitarias amenazadas por la hacienda en expansión o las leyes desamortizadoras; las "guerras de castas"; la obcecación irreductible con que los indígenas "de frontera" rechazaron las expediciones "civilizatorias"; los motines peonales y la proliferación del vagabundaje, el bandolerismo y las mil formas de la marginalidad rural y urbana: todas estas expresiones dan testimonio de una sociedad popular refractaria a un cambio de vida impuesto desde arriba, y cuyos argumentos legitimatorios no acertaba a comprender, ni mucho menos compartir. También hubo estrategias menos frontales de auto-defensa, como aquella "negociación" de los campesinos de la sierra central peruana, estudiados por Carlos Contreras, que les permitió instrumentalizar el trabajo asalariado en las minas de Cerro de Pasco precisamente para conservar la viabilidad económica de sus comunidades; o la co-optación de ciertos discursos políticos modernizadores por las mismas comunidades andinas o mexicanas, según lo planteado por Nelson Manrique y Florencia Mallon, también con el fin último de resguardar algún grado de autonomía. Lo que homologa todos estos procesos, y otros muchos de igual naturaleza, es la voluntad de no incorporarse en plenitud al nuevo orden, la misma que puso en marcha, ya en pleno siglo XX, a las huestes zapatistas y villistas que le otorgaron a la Revolución Mexicana su faceta más auténticamente popular.

A la postre, sin embargo, las tendencias modernizadoras resultaron ser más fuertes. Aunque no todos los grupos populares siguieron el camino de la migración, la urbanización o la proletarización (de hecho, podría argumentarse que hacia comienzos del siglo XX los que sí lo habían hecho seguían siendo una minoría), todos los indicadores importantes apuntaban finalmente en esa dirección. Por primera vez en la historia de América Latina el ritmo de crecimiento de la población urbana sobrepasaba significativamente al de la rural, en tanto que las nuevas formas de relación laboral y social inspiradas en el capitalismo occidental comenzaban a abandonar los polos iniciales de desarrollo para irradiarse hacia sectores más "atrasados", incluyendo cada vez más al mundo agrario y convirtiendo al mundo artesanal de las ciudades en una especie en extinción. La complejidad creciente de un mundo

urbano en expansión marcado por la diversificación de funciones y la aceleración de las comunicaciones dio lugar a un nuevo tipo de dinámica social, donde el naciente proletariado y las también nacientes "clases medias" comenzaban a reivindicar sus derechos en los espacios públicos: ello mismo un signo patente de modernidad. Del mismo modo, las pautas culturales de ese medio, él mismo un reflejo que se quería cada vez más fiel del cosmopolitismo europeizante propio de la modernidad, tendían a imponerse sobre la multiplicidad de referentes locales, étnicos y consuetudinarios que habían dado forma a la cultura latinoamericana tradicional. Impactadas por las fuerzas corrosivas y homogeneizadoras del mercado, las lealtades tradicionales hacia el terruño, la etnia o la comunidad comenzaban a ceder terreno ante las lealtades nacientes de la clase o la nación. Como corroborando el sentido que adoptaban los procesos, en lo sucesivo la pugna social ya no giraría tanto en torno a la aceptación o no de la aparentemente ineludible modernidad, sino a la dirección en que debía orientarse su timón.

#### **4.- La Lucha por la Modernidad.**

Hacia fines del siglo XIX, la primera modernización latinoamericana se encontraba en una curiosa encrucijada. Por una parte, los regímenes liberales o positivistas finalmente habían logrado estabilizar la situación política y consolidar la ansiada construcción estatal, a la vez que la inserción en los mercados mundiales de bienes y capitales iniciaba una era de expansión que en algunos casos, muy notablemente el argentino, parecía acercar a nuestros países tentadoramente hacia el umbral del progreso. Al mismo tiempo, sin embargo, los proyectos modernizadores enfrentaban serios problemas de legitimación social, tanto por parte de sectores "pre-modernos", como a resultas del fenómeno plenamente moderno que la época conoció como la "cuestión social". Así, en el momento de sus mayores triunfos, la obra se vio socavada tanto por fuerzas sociales que se anclaban en el pasado como por otras que miraban hacia un futuro que amenazaba sobrepasar los límites que sus proyectistas habían resuelto establecer.

El primer género de rebeldías ya ha sido tratado en alguna medida en el apartado anterior, pero restringiéndose en lo esencial a las de origen popular. No eran sólo los

campesinos o las comunidades indígenas, sin embargo, los que se resistían a abandonar las seguridades del orden "tradicional". También concurrían a esa pugna sectores de elite pertenecientes a grupos regionales o corporativos que no obtenían ningún beneficio de la modernidad (como la Iglesia, por ejemplo), o entidades de más difícil clasificación social como los "pueblos" tradicionales a los que aluden los trabajos de François-Xavier Guerra. En cuanto a la cuestión social, ella parecía todavía más inquietante, pues sus protagonistas (obreros urbanos, mineros, portuarios, habitantes de las ciudades, inmigrantes, intelectuales y clases medias desafectas) eran ellos mismos hijos de la modernidad, y no podía esperarse que el mero paso del tiempo los sacara eventualmente de la escena. Igualmente compleja fue la adopción por algunos de sus referentes y organizaciones del mismo discurso modernizador que preconizaban las elites contra las que se dirigía su protesta, y que en virtud de su supuesta incapacidad de llevar a cabo una verdadera modernización terminaban siendo deslegitimadas por los mismos a quienes debían conducir. Enfrentados a un monstruo de su propia creación, al mejor estilo del "modernista" Dr. Frankenstein, esos Estados y esas elites comenzaron en muchos casos a vacilar en su fe.

Efectivamente, las resistencias iniciales de muchos actores populares en cuanto a resignarse a su ingreso en la modernidad comenzaron a quedar atrás cuando nuevas generaciones venidas de ultramar o nacidas en el mundo de la fábrica, el salario y la ciudad se convencieron de que el camino era sin retorno, adoptando como nuevo referente fundamental la identidad democrática o clasista (en este último caso, generalmente la proletaria). Esas nuevas generaciones, socializadas en la cultura racionalista y escrita de los espacios ya modernizados, vieron la posibilidad de echar mano a esos mismos recursos para hacer frente a las insuficiencias y contradicciones que el proceso presentaba en su manifestación latinoamericana concreta. Enarbolando ideologías como el anarquismo, el sindicalismo o el socialismo, militando en organizaciones sociales, culturales o políticas ceñidas a la más estricta racionalidad instrumental, denunciando la incapacidad de sus elites modernizadoras para difundir los beneficios del progreso más allá del reducido círculo conformado por ellas mismas, los nuevos actores mesocráticos o populares se apoderaron para sí de la utopía y reclamaron su propio derecho a ponerla en ejecución. En su versión más moderada, esta reivindicación se orientó hacia la incorporación de los muchos excluidos al plano de la ciudadanía política, el bienestar material y la

ilustración, sin que ello implicara necesariamente romper con la legalidad existente o eliminar de plano las jerarquías establecidas. En la versión más radicalizada, se descalificó abiertamente a los Estados y oligarquías liberales como constructoras de modernidad, llamando a la conquista del poder político por parte de los únicos capaces de cumplir integralmente con la trinidad emancipadora de la libertad, la igualdad, y la fraternidad.

Por cierto, este asalto subalterno a la ideología de la modernidad no respetaba los mismos componentes que en su momento había establecido el proyecto de las elites. No quedaba incluido, por ejemplo, el dogma de la primacía del mercado como eje de articulación social: como víctimas de la atomización y la degradación provocada por las fuerzas del mercado, los sectores más contestatarios no guardaban hacia ese principio la fe que las oligarquías liberales habían depositado en él desde el comienzo (y siguen depositando hasta hoy, salvo cuando las recesiones o el malestar social las convierten temporalmente al "estatismo"). En cambio, el principio del Estado poderoso e intervencionista sí podía rescatarse, precisamente como mecanismo regulador, atenuador, o simplemente sustituto del imperio mercantil: aunque la vertiente anarquista de la "cuestión social" sentía por este elemento una repugnancia análoga a la que les provocara la inhumanidad competitiva del *laissez faire*, su congénere socialista heredó del liberalismo constructivista la confianza en la potencia instrumental del Estado como creador de una realidad mejor. Una y otra, por último, hacían suya la noción del ser humano racional y dotado de derechos inalienables, capacitado para mejorar indefinidamente su condición sobre la tierra. Convencidos sus portadores de que hasta entonces sólo les había tocado cargar con los costos de la modernidad, reclamaban ahora su derecho a gozar también de sus promesas, penalizando, si ello fuese necesario, a quienes habían distorsionado la marcha del progreso negándole sus frutos a las grandes mayorías sociales.

Enfrentadas a semejante combinación de amenazas, que cuando actuaban al unísono podían ser verdaderamente formidables (como lo reveló la Revolución Mexicana), las oligarquías modernizadoras se refugiaron inicialmente en una represión estatal (¿otra vez el Estado modernizador?) cuya magnitud casi no tenía precedentes, y que transformó las primeras décadas del siglo XX en escenario de masacres obreras y campesinas a lo largo y ancho del continente. El temor también se extendió al plano ideológico, socavando la confianza hasta entonces ilimitada en los beneficios del orden social que ellas mismas venían construyendo. El propio

Sarmiento, en tantos sentidos verdadero paradigma de la voluntad de progreso, terminó sus días recapitando sobre las bondades de aquella inmigración masiva que tanto había propiciado (y que otras elites latinoamericanas envidiaban), pero que claramente comenzaba a introducir ideas "disolventes" y a resentir la cohesión social de su país natal. El nuevo pensamiento conservador del siglo XX, horrorizado ante la anomia urbana, el descreimiento materialista y la insolencia proletaria, redescubrió (en sintonía con muchos teóricos europeos de la época) las ventajas de la tradición, la familia y la fe, o se refugió en esa nueva fe unificadora que era el amor por la patria, ella misma en gran medida también una creación de la modernidad. El nacionalismo también inspiró a esos otros sectores de elite, más previsores, que comenzaron a propiciar una solución a la cuestión social que se apoyara más en la cooptación y la satisfacción de algunas de las demandas que en la represión, anticipando una lógica que alcanzaría plena expresión bajo los regímenes "populistas" y el "Estado benefactor". Como sea, la posibilidad real de un quiebre social inducido por la modernidad enfrió una vez más la pasión por el cambio, y consolidó la nunca desechada opción por el orden.

De esta forma, el proyecto modernizador inaugurado durante los debates independentistas, y preludiado por las reformas borbónicas, y cuya tan postergada materialización finalmente comenzó a dar frutos concretos hacia finales del siglo XIX, parecía completar su ciclo acosado por una doble crisis de legitimidad social. Ese mismo dilema, sin embargo, revelaba hasta dónde los cambios sociales inducidos por sus ejecutores habían calado hondo en América Latina, poniendo a la defensiva a actores que alguna vez consideró inmovibles y ayudando a engendrar otros que, aunque en forma crítica o hasta revolucionaria, habían terminado por hacer suyas las promesas y los sueños de la modernidad. Y si la defensa de la tradición, por una parte, y la búsqueda de una verdadera modernidad, por la otra, alimentaron las luchas sociales aun más recias que caracterizaron el siglo XX, ello también obedecía a una muy moderna confianza en el cambio, o a una igualmente moderna búsqueda del bienestar, la libertad y la justicia en este mundo. A partir de esas coordenadas, el nuevo siglo reproduciría a mucho mayor escala todo lo que el antiguo había dejado pendiente.

## **5.- Referencias Bibliográficas:**

Como se señaló al comienzo del trabajo, la bibliografía en que éste se respalda de algún modo recoge lecturas realizadas a lo largo de muchos años. Por tal motivo, sería inoficioso intentar siquiera la elaboración de una bibliografía que haga justicia a todos los autores e ideas que han servido para darle forma. Así, lo que sigue no es sino un reconocimiento de algunos títulos sobre teoría general de la modernización que debieron ser releídos para elaborar el marco general, omitiendo aquellos "clásicos", como los de Marx, Weber o Durkheim, cuya presencia es sin embargo muy evidente en el texto mismo. En cuanto a la copiosa historiografía sobre América Latina durante el siglo XIX de la que estas reflexiones son tributarias, sólo se han incluido aquellas obras que se tuvo más a mano para la redacción final.

#### **A) Escritos sobre modernización.**

--David Apter, *Política de la modernización*, edición original en inglés, Chicago, 1965.

--Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, edición original en inglés, Nueva York, 1982.

--Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, edición actualizada en inglés, Londres, 1963.

--Kenneth H.F. Dyson, *The State Tradition in Western Europe*, Oxford, 1980.

--Anthony Giddens, *El capitalismo y la moderna teoría social*, edición original en inglés, Cambridge, 1971.

--Anthony Giddens, *Política, sociología y teoría social*, edición original en inglés, Cambridge, 1995.

--Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, edición original en alemán, Frankfurt, 1985.

--Eric Hobsbawm, *The Age of Revolution, The Age of Capital, The Age of Empire*, Londres, 1962, 1979, 1987.

--R.M. Mac Iver, *The Modern State*, Oxford, 1926.

--Angus Maddison, *Historia del desarrollo capitalista. Sus fuerzas dinámicas*, edición original en inglés, 1991.

--Barrington Moore, *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, 1966.

--Karl Polanyi, *La gran transformación*, edición original en inglés, Londres, 1944.

--E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*,

--Alain Touraine, *Crítica de la modernidad*, edición original en francés, París, 1992.

### **B) Escritos Históricos relativos a América Latina.**

--Tulio Halperín Donghi, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, Madrid, 1985.

--Víctor Bulmer-Thomas, *La historia económica de América Latina desde la Independencia*, edición original en inglés, Cambridge, 1994.

--Christopher Abel y Colin Lewis, *Latin America: Economic Imperialism and the State*, Londres, 1985.

--Pablo González Casanova (ed.), *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*, México, 1990.

--Marcello Carmagnani, *Formación y crisis de un sistema feudal*, edición original en italiano, Turín, 1975.

--Marcello Carmagnani, *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930*, edición original en italiano, Turín, 1982.

--Marcello Carmagnani, *Estado y mercado. La economía pública del liberalismo mexicano, 1850-1911*, México, 1994.

--François-Xavier Guerra, *México: Del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 tomos, edición original en francés, París, 1985.

--François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias.*, Madrid, 1992.

--Enrique Tandeter, *Coacción y Mercado*, Buenos Aires, 1992.

- Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial*, México, 1983.
- Juan Carlos Garavaglia, *Mercado interno y economía colonial*, México, 1983.
- Eric Van Young, *La crisis del orden colonial*, México, 1992.
- Luis González y González, *El indio en la era liberal*, México, 1996.
- Friedrich Katz (ed.), *Riot, Rebellion and Revolution*, Princeton, 1988.
- Enrique Florescano (ed.), *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina, 1700-1955*, México, 1985.
- Brooke Larson, *Cochabamba, 1550-1900*, Durham y Londres, 1998.
- Paul Gootenberg, *Caudillos y comerciantes. La formación económica del Estado peruano, 1820-1860*, edición original en inglés, Princeton, 1989.
- Carmen Mc Evoy, *Un proyecto nacional en el siglo XIX*, Lima, 1994.
- Carmen Mc Evoy, *La utopía republicana*, Lima, 1997.
- Steve J. Stern (comp.), *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en Los Andes*, Lima, 1990.
- Florencia Mallon, *The Defense of Community in Peru's Central Highlands*, Princeton, 1983.
- Florencia Mallon, *Peasant and Nation*, Berkeley y Los Angeles, 1995.
- Heraclio Bonilla, *Guano y burguesía en el Perú*, Lima, 1974.
- Nelson Manrique, *Yawar Mayu. Sociedades terratenientes serranas, 1879-1910*, Lima, 1988.
- Carlos Contreras, *Mineros y campesinos en Los Andes*, Lima, 1987.

--Julio Cotler, *Clases, estado y nación en el Perú*, Lima, 1978.

--John Lynch, *Juan Manuel de Rosas*, edición original en inglés, Oxford, 1981.

--Hilda Sabato y Luis Alberto Romero, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado, 1850-1880*, Buenos Aires, 1992.

--Richard Slatta, *Los gauchos y el ocaso de la frontera*, edición original en inglés, Nebraska, 1983.

--James R. Scobie, *Revolución en las pampas*, edición original en inglés, Austin, 1964.

--Tulio Halperín Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires,

--Richard Graham, *Britain and the Onset of Modernization in Brazil, 1850-1914*, Cambridge, 1972.

--Emília Viotti da Costa, *Da Senzala a Colônia*, Sao Paulo, 1966.

--Emília Viotti da Costa, *Da Monarquia à República: Momentos Decisivos*, Sao Paulo, 1977.

--Arnold J. Bauer, *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*, Cambridge, 1975.

--Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios*, Santiago, 1985.

--Alfredo Jocelyn-Holt, *La Independencia de Chile. Tradición, modernización y mito*, Madrid, 1992.

--Alfredo Jocelyn-Holt, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*, Santiago, 1997.

--Luis Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*, Buenos Aires, 1997.

--Sergio Grez Toso, *De la regeneración del pueblo a la huelga general*, Santiago, 1998.

--Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central*, Santiago, 1991.

--Julio Pinto y Luis Ortega, *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado. Chile, 1850-1914*, Santiago, 1990.

--Julio Pinto Vallejos, *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, Santiago, 1998.